

INDIOS CHIRIGUANOS

J.-B. Vaudry, año.

Traducción y notas : Isabelle Combès

La palabra “Chiriguano”, de origen quechua y formada de *chiri* (frío) y *guano* (excremento) no es más que un término despreciativo, un insulto, empleado por los indígenas quechuas para designar a sus vecinos de los cuales tuvieron que defender a menudo, en tiempos de la dominación inca, su frontera oriental.

Los indígenas chiriguanos son de raza guaraní, que no tiene nada en común con la raza quechua, pero parece imposible decir en qué época llegaron a ocupar la región donde viven hoy. Algunas ruinas bastante antiguas que se encuentran en varios lugares, en particular en lo alto de la cordillera del Incahuasi, entre Monteagudo y Lagunillas, indican claramente que los quechuas lucharon enérgicamente para impedirles el acceso a los ricos valles de los últimos estribos andinos y empujarlos de nuevo hacia los inmensos llanos del Chaco. Sin embargo es probable que, después de la conquista española, los quechuas oprimidos y sometidos descuidaron su defensa, lo que explicaría la presencia, hoy, de los chiriguanos en la región al oeste de la cordillera del Agüaragüe, última cadena de los Andes.

Estos indígenas también son llamados “cambas” y “tembetas”. Ellos mismos se designan como “abas” para los hombres, y “cuñas” para las mujeres. Habitan las provincias de Salinas, Azero, Cordillera, Gran Chaco, donde también viven numerosos blancos, descendientes de españoles, y “cholos” (mestizos); tienen como límites al sur el río Bermejo, al oeste la línea de Cuyambuyu, San Luis, San Juan del Piray, el [río] Azero; al norte llegan casi hasta Santa Cruz de la Sierra; hacia el este hasta el Izozog, las misiones de Macharetí, San Francisco y luego, hacia el sureste, hasta Caiza, Yacuiba, Itiyuru, es decir aproximadamente todo el territorio comprendido entre los paralelos 18 y 22 de latitud sur, y los meridianos 65-40 y 66-30 al oeste del meridiano de París, con una superficie aproximada de 40.000 kilómetros cuadrados.

El aspecto del territorio que ocupan actualmente es bastante variado. A veces se trata del amplio llano del Chaco boliviano, una planicie baja, arenosa, con poca vegetación, bañada por el río Pilcomayo y los arroyos que nacen de las cordilleras del Incahuasi y del Agüaragüe, para

insumirse poco después en las arenas; otras veces son las impenetrables selvas de exuberante vegetación del Azero, o la orilla de las quebradas llenas de peces, poco encajonadas y de riberas fértiles, como los ríos de Caraparí, San Luis, Saucés... Nunca se encuentra a la población chiriguana arriba de los 1.500 metros. El clima es cálido, la temperatura llega cada año a 40 o 45° a la sombra en los meses de diciembre y enero. Las estaciones son bien marcadas: la estación seca desde marzo o abril hasta septiembre u octubre, durante la cual son escasas las lluvias y la temperatura poco elevada; y la estación de lluvias desde octubre hasta abril, en la cual las lluvias son casi diarias, el cielo siempre nublado y el calor sofocante.

POBLACIÓN

Según las informaciones dadas por el padre Lozano, al parecer, hace dos siglos, los chiriguanos habrían podido contar con 29.000 o 30.000 hombres capaces de guerrear. En consecuencia de las numerosas guerras con los cristianos, las enfermedades epidémicas, y las emigraciones a la Argentina, este número debe ser hoy mucho menor y es probable (realizar un censo exacto es imposible) que el número de estos indígenas no sobrepase las 29.000 o 30.000 personas contando a hombres, mujeres y niños. Esto nos daría una densidad de apenas 1 habitante por kilómetro cuadrado. Los centros cuya densidad de población es mayor son Macharetí, Cuevo, Ibo, Caraparicito, San Pascual de Boicobo. La última sublevación de 1896 acabó de diezmar a la tribu chiriguana: el campo de batalla de Curuyuqui, donde todavía se ven inmensos montones de huesos humanos que quedaron sin sepultura –a pesar de que este campo de batalla esté situado a apenas dos o tres kilómetros de la misión de Ibo– muestra que al menos dos o tres mil cambas han muerto ahí bajo las balas de los cristianos.

TEMBETA

El carácter que distingue a los chiriguanos de las demás tribus vecinas es la costumbre –que, a decir verdad, se viene perdiendo– de llevar la *tembeta*, una especie de botón doble con el cual adornan con orgullo su labio inferior. La *tembeta* consiste generalmente en un pedazo de plomo o de estaño, o una aleación de ambos. Tiene una parte cilíndrica A (ver croquis) de 6 a 8 mm de alto y 15 a 30 mm de diámetro, que descansa sobre una parte plana B. La parte A está ligeramente cavada en el interior, vaciada con un cuchillo, y en este hueco se pone una especie de resina en la cual se han incrustado perlititas o piedritas de diversos colores. El labio inferior se perfora con un hueco de mismo diámetro que la parte A. Se pasa esta parte A por el labio

perforado, quedando la parte B en el interior de la boca entre la encía y el labio, de manera que sólo se vean exteriormente las incrustaciones de perlas o piedras. Sólo los hombres llevan la *tembeta*, a la cual no atribuyen por lo demás ningún poder. Sólo la llevan como una joya, un adorno personal. Son los ancianos los que hacen con gran ceremonia la operación que consiste en perforar el labio inferior de los niños cuando llegan a 9 o 10 años. Primero se hace, con la punta de un hueso bien afilado, un huequito de dos a tres milímetros; luego se coloca en este hueco una pequeña *tembeta* del mismo tamaño reducido. El niño debe luego ayunar por cuatro o cinco días. Poco a poco, después de algunos meses, se reemplaza la pequeña *tembeta* por otra de mayor diámetro, y no es raro ver a hombres adultos con una *tembeta* que llega hasta los tres centímetros. Los cambas difícilmente consienten en vender una *tembeta* a los viajeros, porque tienen la superstición de que deshacerse de ella es una causa infalible de desgracia, enfermedad, o incluso muerte.

En Bolivia también llevan *tembeta* los “chaneses” o “tapietes”, pero la suya es mucho más pequeña. Algunas tribus de Brasil y los indios “caiguas” de la gobernación de Misiones en Argentina, también llevan *tembeta*. Estos últimos, los caiguas, la hacen con la madera del árbol llamado “Abati Tembabi”.

VESTIMENTA

Los hombres arrancan generalmente los pocos pelos que pueden tener en la barba o en el cuerpo. Se depilan con un pedacito de metal, en general sacado de una vieja lata, que doblan en dos y aprietan fuertemente entre el pulgar y el dedo índice. Llevan el pelo bastante largo, cortado en redondo alrededor de la cabeza que está envuelta en una gran pañueleta roja doblada, que se llama *yapicuana*. En la región de Lagunillas, Monteagudo, Isozog, llevan un gran sombrero de paja bien trenzada, que ellos mismos fabrican. Casi todos conocen hoy el uso de nuestra vestimenta ordinaria, al menos la camisa y el pantalón. Sin embargo todavía se encuentran a algunos que, sobre todo para estar más cómodos trabajando, están completamente desnudos aparte de un trapo entre los muslos y atado en la cintura por un hilo de *caraguata*. Es la “baticola”.

Las mujeres rara vez van completamente desnudas, y llevan como única vestimenta el *tipoi* o *tiru*, que no es otra cosa que una especie de larga camisa sin mangas, muy amplia, agarrada encima de los hombros por dos alfileres. Cuando trabajan, suelen bajarlo para atar en la cintura,

dejando descubierto el pecho para más comodidad. El *tipoi* está hecho de un tejido liviano de algodón de colores variados, siendo el más difundido el azul oscuro, importado desde Europa y comprado en los pueblos cristianos. Van con la cabeza descubierta y se pintan la cara de rojo vivo, sobre todo en los días de fiesta, con el urucú que proviene de la semilla de un árbol que crece en los alrededores de Santa Cruz y de Guarayos. Sus largas y abundantes cabelleras siempre están trenzadas con una limpieza y un refinamiento desconocidos por las indígenas aymaras y quechuas de las tierras altas de Bolivia. Debe notarse también el modo particular que tienen las madres para cargar a sus hijos: les colocan a horcajadas en su cadera y los sostienen con el brazo y la mano. Las mujeres son coquetas, se asean con mucho cuidado, se bañan cada día, y les gusta adornarse con anillos, collares, aretes o cualquier baratija.

USOS Y COSTUMBRES

Los chiriguano se ejercitan desde la más tierna edad al manejo del arco, que utilizan sobre todo para cazar, aunque a veces también para guerrear. El arco tienen generalmente de 1m 20 a 1m 80 de largo; está hecho de una madera muy dura de la región, el “palo santo” o el “escayanti”, que es duro como el palo de hierro de Brasil. La cuerda se hace con fibra de *caraguata*, una planta textil y espinosa, que crece hasta los 60 u 80 cm de alto. La flecha es de caña hueca y se termina con una punta cuya forma y material varían según los usos. Para pescar, se pone una punta de grueso alambre, una vieja hoja de cuchillo o cualquier cosa parecida. Para cazar pajaritos, se pone una punta de madera terminada por una bolita también de madera para derribar al pájaro y aturdirlo sin herirlo. Para aves mayores, para cazar el jaguar o hacer la guerra, la punta es de madera dura de escayanti, tallada sobre 10 a 12 cm de largo en sección triangular o cuadrangular de un centímetro de lado, con cortes en las aristas en forma de dientes, para agravar la herida y hacer más difícil sacar la flecha. Contrariamente a las tribus del noreste boliviano que conocen el uso del curare, los chiriguano nunca envenenan sus flechas. La flecha llega a un máximo de 100 o 120 metros. Los indígenas logran ser muy hábiles en el tiro al arco, errando muy rara vez un blanco de 10 cm de diámetro ubicado a 80 metros de distancia. Esquivan con mucha destreza y una notable flexibilidad las flechas lanzadas por el adversario.

Cuando una jovencita llega a la pubertad, le cortan el pelo, se somete a numerosos ayunos y se queda aislada en un rincón de la choza durante varios meses, sin poder tener comunicación con los demás.

Las mujeres viudas se cortan el pelo en señal de duelo inmediatamente después de la muerte de su marido.

La poligamia es muy rara, excepto entre los jefes o caciques que tienen derecho a dos o tres mujeres.

Se cuenta que antaño, para pedir a una mujer en matrimonio, el joven chiriguano iba a recoger y depositar de noche un haz de leña a la puerta de la choza de la familia de la elegida. Si, al día siguiente, seguía en su lugar la leña, era señal evidente de que el pedido estaba rechazado. Si, por el contrario, había sido sacada, significaba que el pedido estaba aceptado y el matrimonio tenía lugar el mismo día o el siguiente, en una gran fiesta. Hoy, estas formalidades se han simplificado mucho. Ya sólo se necesita el acuerdo de los interesados para convivir en la misma casa, después de una pequeña fiesta en la cual se canta, se baila y, sobre todo, se toma chicha de maíz o de algarrobo. Aunque este matrimonio se celebre sin mucha ceremonia ni gran fausto, en general la pareja se queda unida de por vida. En las misiones, los cambas se casan en la iglesia, pero antes deben conseguir el acuerdo del franciscano misionero, que a menudo abusa de su autoridad para imponer un marido a las jóvenes chiriguanas, en contra de su voluntad. Los matrimonios siempre tienen lugar en la misma tribu, sin alianza con las tribus vecinas.

Los chiriguanos conservan todavía una antigua costumbre : la couvade, que existe también entre varias tribus del centro de África. Cuando una mujer da a luz, después del parto se echa de barriga en su choza por varios días, mientras el marido se echa en una hamaca donde se queda durante el mismo tiempo, ayunando, comiendo solamente algunos granos de maíz. Los niños que nacen con algún defecto son matados, sin excepción.

Los entierros dan lugar a prácticas especiales que merecen ser descritas. Apenas ocurre la muerte, se viste al difunto con sus mejores ropas, y se le pinta la cara con urucú, de un lindo rojo escarlata. Se dobla el cuerpo y se lo coloca en un *yambui*, una gran tinaja de cerámica fabricada especialmente para eso. En algunos casos, cuando se presiente el fin inevitable y próximo del enfermo, ni siquiera se espera a que muera para esta operación. Como los indios creen que, después de la muerte, al difunto le espera un largo y fatigoso viaje para ir a resucitar muy lejos hacia el oriente, se coloca en el *yambui*, al lado del cadáver, todo lo necesario para

terminar el viaje: un yesquero para que haga fuego, un poco de maíz y un mate lleno de chicha. Se tapa entonces el *yambui* con otro parecido colocado al revés, y se entierra en la casa misma del difunto, a una profundidad de 1m 90 o 2 metros aproximadamente. La viuda se corta el cabello, las mujeres del pueblo se reúnen sobre el lugar de la sepultura con gritos desgarradores, lúgubres lamentaciones, verdaderos alaridos que durante varios días y varias noches. El duelo dura varios meses según el grado de parentesco, acompañado por gritos y lamentos a ciertas horas determinadas del día. La familia sigue viviendo en la casa donde se enterró al difunto.

La enfermedad que más estragos hace en la tribu es la viruela. Epidemias de viruela hacen desaparecer pueblos enteros, hombres, mujeres y niños.

IDEAS - CREENCIAS

Aparte de algunos que pertenecen a las misiones franciscanas, de relativamente reciente fundación, los chiriguano no conocen ninguna religión, no tienen ningún templo ni tienen señales para manifestar exteriormente sus creencias. Sin embargo, conciben la existencia de una fuerza superior, un ser todopoderoso invisible llamado "Tunpa", que regiría las cosas de este mundo. Creen en la metempsicosis y se imaginan que, después de la muerte, deben ir a resucitar en una suerte de paraíso terrenal que siempre ubican hacia el levante, tal vez hacia las riberas del río Paraguay.

Creer en la existencia de espíritus buenos y malos, y en los hechizos. Tienen la veneración más grande para con sus hechiceros, al mismo tiempo que les temen hasta el espanto. El *ipaie* es el brujo que arroja buenos y malos hechizos. El buen *ipaie* da abundantes cosechas, salud, alegría en todas sus formas. Por el contrario el *ipaie* malo trae inundaciones, sequía, hambruna, enfermedad, duelos, todas las calamidades. Algunos indios llevan incluso la superstición hasta creer que, si mueren, sólo es porque el *ipaie* malo les mandó un hechizo. Los cambas no pasarían por nada por ciertos caminos, de noche, temiendo la aparición de un fantasma o el encuentro con el *ipaie* malo. Nunca se debe apagar el fuego en la choza o a la puerta de ésta. Al mismo tiempo que tiene derecho a todos los honores, el *ipaie*, el brujo de la tribu, del pueblo, siempre se hace pagar muy bien sus consultas. Cuando lo llaman para curar a un enfermo, toca la parte enferma, la chupa y saca de ella cualquier objeto, una piedrita, un huecito, que había ocultado antes hábilmente en su mano o en su ropa. Se supone que este objeto es la causa de

la enfermedad. Los remedios son entonces plantas medicinales de la región, tomadas en infusión o puestas sobre las partes enfermas. Naturalmente, los indios tienen una confianza ciega hacia tales médicos, y darían todo lo que poseen para poder recurrir a su alta ciencia.

VIVIENDAS

Las aldeas chiriguanas rara vez son muy pobladas. Generalmente se reúnen en aldeitas de 10 a 20 chozas, aunque a veces los pueblos lleguen a 60 u 80 chozas como en Caraguatarenda, Bosui... Los pueblos están a poca distancia los unos de los otros, cerca de un río, en un terreno propicio para cultivar. Forman una placita alrededor de la cual las casas se colocan en redondo, sin ninguna simetría; la choza del jefe a veces ocupa el centro de la plaza. Las chozas son rectangulares, 5 o 6 m de costado sobre 7 u 8 m, con paredes de troncos de árboles que sirven a base a cañas entrelazadas, dejando huecos para la ventilación. El techo está muy inclinado, cubierto por ramas, cañas, o hierba seca. La puerta es un simple encañado de palo o bambú, e incluso a menudo ni existe.

Adentro, el mobiliario es de lo más primitivo: algunas camas de palos y cañas, hamacas de caraguata trenzadas por los indígenas, algunos utensilios de barro para la cocina, flechas para la caza, redes para pescar, mates que sirven de botellas, vasos, recipientes, la reserva de maíz, etc.

ALIMENTACIÓN

El principal alimento es el maíz, que produce bien sin exigir mucho esfuerzo. Se comen los granos tostados sobre un pedazo de cerámica (*atipii*), o hervidos en agua (*atiruru*), o se hace una harina que se diluye con agua y se cuece de diversas maneras, mezclada o no con frutos o raíces. La harina se consigue moliendo los granos de maíz en un mortero de madera dura, de 20 a 30 cm de diámetro, con una manija de un metro de largo. Sólo las cuñas se ocupan de la casa, de la cocina y de la fabricación de la harina. Los chiriguanos también cultivan diferentes variedades de zapallos, sandías, calabazas. Aquellos que viven cerca de los ríos son todos excelentes pescadores. Finalmente, en sus inmensas selvas, siempre encuentran abundantes recursos de diversas raíces, frutos, semillas, animales de toda clase como el puerco montés, la corzuela, los loros, el ñandú, el tucán, el tatú, etc.

La bebida que para ellos es una delicia, sobre todo en los días de fiesta, es la chicha de maíz o *cangui*. El *cangui* se hace con granos de maíz masticados por las cuñas, y dejado a fermentar por varios días en grandes tinajas de barro llamadas *yambui*. La saliva que impregna el maíz durante la masticación sirve de fermento. Tomada moderadamente, la chicha es un licor refrescante, de sabor agradable. Las fiestas comienzan en cuanto se acaba la cosecha. Los indios se reúnen en cada choza del pueblo, incluso van hasta el pueblo vecino, y sólo se van cuando se vacían todos los *yambuis*. Se pasan así tres o cuatro meses al año en fiestas, sin preocuparse de las privaciones que tendrán que aguantar en los meses siguientes, de la hambruna o del hambre de mañana.

Cada aldea tiene su jefe o “cacique” que, en realidad, tiene muy poca autoridad sobre sus sujetos. El título es hereditario de padre a hijo o, en su defecto, pasa a hermanos o sobrinos. Si por alguna razón los indígenas juzgan que su cacique no es digno de ellos, es incapaz de cumplir con su papel o falta de coraje en la guerra, lo destituyen de inmediato y lo reemplazan por otro elegido por el pueblo. Un cacique general, Mandeponai, que vive en Macharetí, es el gran jefe de la tribu. Está recibido con las más grandes honores en todas partes. Es un hombre inteligente y un elocuente orador. Las funciones del cacique (o *tubicha*) consisten sobre todo en reunir a sus hombres para las fiestas, arbitrar las disputas, mantener la paz, recibir a los viajeros, darles los víveres que necesiten, consultar a los espíritus, y marchar en caso de guerra a la cabeza de sus hombres... El viajero siempre debe dirigirse al cacique para comprar víveres y éste, naturalmente a cambio de una buena retribución, pone a contribución a todos sus sujetos.

Tal es la vida del chiriguano libre, una vida fácil, apacible, que le gusta, y que prefiere de lejos a la que estaría obligado llevar en las misiones o en las haciendas que se establecieron en sus antiguos dominios. Lejos de liberarlo o civilizarlo, las misiones y las haciendas no tiene más efecto que esclavizarlo, crearle necesidades, obligarlo a un trabajo duro muy poco pagado y no darle nada como compensación. Desde hace varios años, los chiriguanos emigran mucho a la República Argentina y se dirigen en masa hacia Ledesma, Tucumán, donde los grandes ingenios azucareros les tratan mejor y pagan más generosamente su trabajo.

HISTORIA

Mucho antes de la llegada de los españoles al altiplano hoy boliviano, los indios quechuas ya habían intentado a la conquista de los chiriguanos. En el siglo XV, el Inca Yupanqui mandó un numeroso ejército para someterlos. Sus esfuerzos fracasaron al igual que los, posteriores, de los Incas Atahualpa y Viracocha, que tuvieron que contentarse con defenderse, construyendo algunos fuertes en los estribos orientales de los Andes. La llegada de los españoles y la sumisión de los quechuas apagaron la lucha por un tiempo. Andrés Manso, uno de los conquistadores del Perú, fue uno de los primeros europeos, si no el primero, que logró aventurarse en las regiones habitadas por los chiriguanos. Incluso logró fundar algunos pueblos con la ayuda de un puñado de valientes compatriotas pero, al cabo de poco tiempo, falleció en los inmensos llanos llamados hoy "llanos de Manso" y ubicados a orillas del río Pilcomayo entre los paralelos 23° y 24° de latitud austral.

En varias oportunidades los cambas se sintieron lo bastante poderosos como para invadir los territorios de Tarija y Chuquisaca, sembrando espanto y desolación en todas partes. Fue entonces que el virrey del Perú, Francisco [de] Toledo, resolvió organizar una fuerte expedición contra ellos. Fracásó totalmente, al igual que las anteriores, antes siquiera de empezar a guerrear; las tropas faltaban de víveres, en una región despoblada, quebrada, sin el menor camino visible. Logró replegarse hacia Chuquisaca después de muchas pérdidas y grandes sacrificios.

A inicios del siglo XVII, audaces misioneros jesuitas y franciscanos penetraron entre estos indígenas sin mucho más éxito. Varios tuvieron que pagar con su vida esta temeraria empresa. Sin embargo, más tarde se fundaron algunas misiones, que desaparecieron luego completamente. Es así que, de las antiguas misiones del Guapay, Tariquia, Cuyambuyu, Pilipili, Abapó, Piray, Cabezas, Florida, Tayarenda y otras, sólo quedan ruinas.

Hoy las misiones existentes tienen como máximo unos 50 años de existencia. Pertenecen al convento de Tarija, o bien al de Potosí, y todas están dirigidas por misioneros italianos. De Tarija dependen las misiones de Itaú, Aguirenda, San Antonio, San Francisco Solano, Tareiri, Tigüipa y Macharetí. Todas, a excepción de Itaú, se ubican al este de la cordillera de Agüaragüe. De Potosí dependen las misiones de San Pascual de Boicobo, de Santa Rosa y de Ibo, ubicadas al norte del río Pilcomayo en la provincia del Azero, departamento de Chuquisaca. En total el número de cambas neófitos de las misiones de Tarija puede llegar a 6 o 7.000, las misiones más pobladas siendo Tareiri y Macharetí. En las misiones de Potosí se puede contar

con 4 a 5.000 neófitos, y Santa Rosa es la obra más próspera. Muy recientemente los misioneros de Potosí acaban de fundar una nueva misión a orillas del río Parapetí.

Estas misiones, fundadas demasiadas veces por interés más que para civilizar, no siempre han tenido los resultados que se esperaban de ellas. El Reglamento de Misiones, redactado por la convención nacional de 1900, dio amplios poderes a los misioneros y éstos abusan a veces de ellos en detrimento del chiriguano, Según este reglamento, el indio no goza de ningún derecho civil o político. Se lo considera como un menor de edad, cuyo tutor sería el misionero.

Sin embargo sería injusto no tener en cuenta una buena influencia de los franciscanos sobre los chiriguanos que, hoy, están lejos del estado en que quedan las tribus vecinas de los tobas, maticos, chorotis y tapietes. En algunas misiones como en Tareiri o Santa rosa, se reconoce un esfuerzo desinteresado del padre conversor. Existen ahí escuelas bien dirigidas por maestras bastante bien instruidas, trabajadoras, con numerosos alumnos inteligentes que aprenden a leer y escribir, dedicándose con habilidad a diversos trabajos manuales. Los niños aprenden a ser carpinteros, zapateros, albañiles, etc., mientras las niñas elaboran alfombras, ponchos, alforjas y trabajos de costura. El viajero no nota apenas la diferencia entre el estado de progreso de Santa Rosa y Tareiri y el de los pueblos vecinos de Cuevo y Camatindi –administrados estos últimos por funcionarios laicos del gobierno, y sin siquiera contar con una escuela.

En cada misión vive un misionero, a veces dos. Un Prefecto de misiones de Tarija y otro de Potosí inspeccionan continuamente estos establecimientos. Todas las misiones dependen del gobierno boliviano, pero gozan de una gran independencia, a menudo motivo de odio y hostilidad por parte de los colonos vecinos.

LENGUA

La lengua que hablan los chiriguanos es un dialecto del guaraní hablado por una gran parte de los indígenas de Paraguay. El hecho de que, en las quebradas de la cordillera del Agüaragüe se hable más o menos el mismo idioma que a orillas del Paraguay se explica, pues, por el origen común de los chiriguanos y de los guaraníes.

Se trata de un idioma rico en palabras y figuras, bastante armonioso, que contrasta mucho, por su dulzura, con las lenguas quechua y aymara, tan guturales, de los indígenas del altiplano

boliviano. Un estudio profundo del chiriguano sería largo y laborioso. Algunas obras publicadas por el convento franciscano de Tarija podrían facilitar la tarea a aquellos que quisieran conocer mejor esta lengua.

Los sonidos “f” y “l” no existen en chiriguano y, cuando se quieren pronunciar estos sonidos, los indios dicen “p” y “r”. El “ch” existe igual que en francés. Los sonidos “b” y “d” no existen y son reemplazados por “mb” y “nd”.

No existe el artículo y aun los cambas que hablan español no logran acostumbrarse a usar el artículo en este idioma. El género o el sexo de las personas se distingue con el uso de una palabra diferente. Por ejemplo *tamui*, abuelo, e *yari*, abuela. Para los animales se diferencia a los sexos agregando la palabra *cuimbae* (macho) o *cuña* (hembra). Así, se dirá *urucuimbae* para gallo y *urucuña* para gallina, *cabayucuimbae* para potro y *cabayucuña* para la yegua.

Para hablar de su hijo, la madre emplea un término diferente que el padre. La madre dice *chemembi* (mi hijo) y el padre dice *cherai*.

Los adverbios “sí” y “no” no tienen traducción literal. Si, por ejemplo, se pregunta a un chiriguano. *¿Pentipa ndipota?* (¿quieres tabaco ?), nunca contestará “sí” o “no”, sino siempre *aipota* (quiero) o *aipotahan* (no quiero).

La negación “no” se traduce por “han”, pronunciado como en francés. Por ejemplo *aipota* (quiero) y *aipotahan* (no quiero).

Baeti es una palabra muy frecuente y muy empelada por los chiriguanos para expresar la negación en muchos casos. Es siempre la primera palabra chiriguana que aprende el viajero. Se trata desgraciadamente a menudo de la inevitable respuesta a los pedidos de informaciones o de víveres... Significa “no sé”, “no hay”, “no”, “nada”...

NUMERACIÓN

Los cambas emplean un sistema de numeración de base decimal, como los aymaras y los quechuas. Cada número hasta 10 tiene un nombre diferente, Estos nombres son:

Uno	Penti
Dos	Mocui
Tres	Mbaapui
Cuatro	Irundi
Cinco	Pandepo
Seis	Ova
Siete	Chiu
Ocho	Huri
Nueve	Chau
Diez	Opayandepo, o: penti opa

Los números 10, 20, 30, ..., 90, se expresan con la palabra *opa* agregada a los términos listados arriba. Así:

Una decena o diez	Penti opa
Dos ddecenas o veinte	Mocui opa
Ocho decenas u ochenta	Huri opa

Un número de dos cifras se expresa enunciando primero las decenas y luego las unidades, agregando la palabra *aramova*. Por ejemplo:

Catorce	Penti opa irundi aramova
Quince	Penti opa pandepo aramova
Veintitrés	Mocui opa mbaapui aramova

Los chiriguanos rara vez logran concebir un número mayor a cien. Frente a un gran número de cosas, les basta con decir *hetahette yegüi* (mucho, en gran cantidad), o bien *yaipapa rape han* (no se puede contar más allá).

Sin embargo, algunos indios logran a veces expresar un número de tres cifras, empelando para las centenas la palabra *cientu*, aliteración del español "ciento". Por ejemplo:

Cien	Penti cientu
Doscientos	Nocui cientu

Un número de tres cifras se dirá entonces así:

Doscientos cuarenta y Mocui cientu irundi opa chiu aramova
siete

Los chiriguanos no tienen ningún símbolo para representar los números, su numeración es sólo oral.